



**Nombre del alumno: BRISSA DEL MAR
ANTONIO SANTOS**

**Nombre del profesor: HUGO BALLARDO
MAZA PASTRANA**

Nombre del trabajo: ENSAYO

Materia: SEXUALIDAD HUMANA

PASIÓN POR EDUCAR

Grado: TERCERO "B"

Grecia y Roma.

Las costumbres sexuales de la Grecia Antigua tienen orígenes en la mitología religiosa heredada de las culturas previas y circundantes. En la cultura griega pueden encontrarse una gran diversidad de dioses, diosas, semidioses, derivados de la influencia de los pueblos asiáticos y prehelénicos, que pintaron las costas del Mar Mediterráneo con sus creencias y sus prácticas amorosas. Esto ayuda a explicar la aceptación de ciertas prácticas sexuales en la sociedad, ya que su modelo era el comportamiento de estos dioses, promiscuos y liberales. La homosexualidad era conocida en la Antigua Grecia. Las relaciones se realizaban entre un adulto -erastes- y un joven -eromenos-. A pesar de que la sociedad cultivaba el valor varonil era, por otra parte, tolerante y complaciente con esta práctica sexual. El amor por los jóvenes estaba considerado en los círculos cultos y aristocráticos como una forma de educación necesaria para los jóvenes griegos. En el registro arqueológico han quedado pinturas reflejadas en recipientes cerámicos, donde se dibujaban numerosas escenas de cortejo entre los adolescentes y los adultos varones.

El homosexualismo griego, además de la milicia, se basaba también en la educación pederasta en la cual un hombre ya maduro, adoptaba a un joven para darle educación. Normalmente el despertar sexual del joven se daba con su tutor, este lo educaba y el joven era incluido en el círculo social de su pederasta que en la mayoría de los casos pertenecía a una élite en la sociedad. Este tipo de instrucción la recibían únicamente los jóvenes de familias nobles, ya que era un privilegio que un joven tuviera por maestro a un ciudadano ilustre como guía. La posición que disfrutaba la mujer en la antigua Grecia es hoy todavía un tema polémico pero la podemos rastrear a partir de los textos literarios de sus contemporáneos: Según Hesiodo (c. 700 a. C.), Zeus había creado a la mujer como un castigo al hombre por el robo del fuego cometido por Prometeo, y la había dotado de un lenguaje astuto, hábitos furtivos y mente licenciosa. Semónides, en lo que ha sido considerada la obra más antigua de la literatura europea dedicada a la mujer, (c. 640 a. C.), la describió como un rival en el vicio, de la cerda, la zorra, la perra, la burra, la hurona, la yegua y la mona.

Los hombres mortales eran, por su parte, 20 cándidos y abiertos defensores de una doble moral sexual. Un orador ateniense afirmó que "tenemos cortesanas para el placer, concubinas para atender las necesidades diarias del cuerpo, esposas para procrear hijos legítimos y guardar los bienes de la casa".

La domesticación de la mujer según se desprende de las leyes, fue clara; las mujeres respetables, en teoría no tenían vida fuera de la casa; aunque parece evidente que la posición de la mujer variaba considerablemente según la clase social, el tiempo y el lugar. Con todo, los hombres y las mujeres vivían con frecuencia vidas separadas. Mientras que los hombres dominaban la vida pública del foro político, el gimnasio y el simposio, las mujeres controlaban la esfera doméstica. Esparta se hizo famosa por las libertades de que gozaron sus mujeres, pero en el resto de Grecia se imponía el ideal de sumisión y reclusión femenina. De la antigüedad griega ha sobrevivido el nombre de Aspasia, hetaira que tuvo una gran influencia en el siglo de Pericles, s. V A.C. La prostitución en Grecia era algo común y corriente, a las prostitutas se las llamaba hetairas, eran mujeres que dominaban el arte del amor y que en su gran mayoría eran mujeres que vendían su cuerpo como se conoce actualmente, eran pobres y vivían en casas todas juntas (lo que ahora se llamaría un burdel). La prostitución más baja se daba en los barrios bajos de Pireo; se cuenta que en el templo de Afrodita en Corintio había

cientos de prostitutas ejerciendo su oficio para las masas. Aunque hubo hetairas famosas y de élite, que se relacionaron con personajes ilustres de la época, Friné fue una de ellas, nació en Tespia y a pesar de sus humildes orígenes como pastora, esta mujer al trasladarse a Atenas perfeccionó sus tácticas amorosas que la llevó a dar espectáculos y ser reconocida como una gran hetaira. Lais de Corintio fue otra hetaira famosa, fue amante de Demóstenes, Aristipo y Alcibiades; ella también tenía orígenes humildes aunque muy pequeña ya fue utilizada como modelo para escultura por su gran belleza, después adquirió fama como una "hetaira de lujo" y finalmente se casó con un hombre anciano y rico del cual le heredó una gran fortuna. Sorano de Efeso, un médico griego que practicaba en la época de Trajano (98-117 d.C.) y Adriano (117-138 d.C.), fue el mejor escritor romano de temas ginecológicos. Negó que las mujeres tuvieran semen, al tiempo que discutía la opinión de Aristóteles de que los hombres y las mujeres eran radicalmente diferentes. Señaló que las mujeres cantantes, atletas y muchas mujeres robustas jóvenes y adultas no menstruaban. Afirmaba que la mujer que envejecía antes de tiempo 21 por numerosos partos era como un campo esquilado. Sorano reconocía que las presiones sociales para casarse y tener hijos eran abrumadoras, su consejo era que la buena esposa y madre fuera suficientemente sabia para conservar su salud mediante la insistencia en abstinencias periódicas.

La fecundidad era tan importante, que algunos, convencidos de que su esterilidad era causada por sus enemigos a través de la magia negra, se protegían con talismanes y colgantes. Roma transmitió y perpetuó el concepto griego que pesaba sobre las mujeres. La diferencia radica en que la sociedad romana fue más permisiva con las mujeres que la griega, y, sobre todo las mujeres patricias de las clases elevadas, llegaron a poseer algunos privilegios insospechados hasta entonces. De este modo, y siguiendo el discurso general de desprestigio de la mujer, algunas creencias populares atribuían a las mujeres poderes casi mágicos. Su leche, afirmaba Plinio el Viejo (23-79 d.C.), curaba fiebre y gota, su pelo quemado servía para aliviar verrugas y úlceras, y su flujo menstrual -lo más potente de todo- podía matar gusanos, sabandijas y escarabajos, destruir cosechas, arruinar colmenas, empañar espejos, oxidar metales, desafilar navajas y causar abortos a las yeguas. Las mujeres de clases sociales elevadas tenían motivos para estar interesadas en la anticoncepción. En primer lugar, tendían a casarse más jóvenes que las plebeyas y por lo tanto su período de fertilidad era potencialmente más largo. Se inclinaban menos a amamantar a sus hijos, privándose así de la protección natural contra el embarazo asociada con la lactancia prolongada. Y finalmente, podían acariciar la esperanza de que al restringir su fertilidad garantizarían mejor el patrimonio de los hijos ya existentes. Desde luego, sus intentos para limitar la familia sugieren no tanto una aversión por los niños como una preocupación por su bienestar. En resumen, tenían mucho que ganar al restringir la fertilidad, y mucho que perder si no lo hacían. La fertilidad era alabada y recompensada. La maternidad realzaba la categoría de la mujer y durante el gobierno de Augusto se concedían privilegios a las mujeres que tenían más de tres hijos. Había casos excepcionales de esposas fértiles que eran "compartidas". Se conocen varios casos famosos de hombres que hacían alianzas y casaban a sus mujeres embarazadas con amigos. San Agustín (354- 430 d.C.) también informó de casos de "madres sustitutas" en el imperio cuando una esposa estéril daba permiso a su marido para tener un hijo con otra mujer que luego ella criaba como propio.